

Excmo. y Magnífico Rector, Ilma. Sra. Decano  
Compañeros de Claustro Académico  
Queridas familias  
Y queridos estudiantes, perdón, queridos colegas médicos.

Hoy es un día importante para vuestras vidas.

De hecho, seguramente será uno de los días más importantes de toda vuestra vida.

Porque para todos vosotros concluir vuestros estudios de Medicina va a suponer un hito trascendental en vuestro desarrollo vital y personal.

Hace ahora ya seis años, largos mientras pasaron, pero muy cortos para el recuerdo, comenzabais un camino seguramente sin retorno, guiados por algo parecido a una vocación todavía ingenua y llena de entusiasmo.

Estos seis años se habrán llevado por delante buena parte de vuestra ingenuidad primigenia, pero estoy seguro que en todos vosotros se habrá multiplicado vuestro entusiasmo por la Medicina.

Quizás penséis que ese entusiasmo ha perdido parte de aquella bonita ingenuidad, pero os aseguro que el entusiasmo que veo en vuestros rostros es un entusiasmo mucho más maduro, sereno y firme.

Porque habéis aprendido que la Medicina debe practicarse desde la madurez intelectual, desde la serenidad personal y desde la firmeza de los principios que han marcado esta bella profesión desde Hipócrates y Esculapio.

Precisamente Esculapio preguntaba a sus discípulos, seguramente en una situación parecida a la que vosotros os encontráis ahora, si serían capaces de olvidarse de su vida privada y de su ocio, si serían capaces de soportar la visión y el hedor de las enfermedades.

Les preguntaba si serían capaces de olvidarse de sí mismos para poner a sus pacientes en el centro de sus vidas.

Y ahora yo, humilde discípulo de Esculapio, os traslado a vosotros esas mismas preguntas.

El duro estudio de las disciplinas médicas y las horas que habéis pasado en vuestras prácticas clínicas os han permitido alcanzar valiosos conocimientos teóricos y prácticos.

Pero lo que yo os quiero preguntar es si además habéis sido capaces de entender la esencia de nuestra vocación.

Esencia que podría resumir en ese principio clásico que apela a la beneficencia. Bene / facere, es decir, hacer el bien.

O lo que es lo mismo, practicar nuestra ciencia para beneficio único y exclusivo de nuestros pacientes, sin otra intención, ni otros intereses, ni otras consideraciones.

El Prof. Diego Gracia suele distinguir entre la beneficencia propia del ámbito familiar y la no maleficencia por la que se rigen las instituciones sociales.

Pues bien, si cualquier otra profesión se asentaría en esa segunda dimensión de practicar una no maleficencia en el seno de nuestra sociedad, a nosotros se nos exige mucho más.

Se nos pide que practiquemos nuestra profesión como nos comportamos en el seno de nuestras familias.

Desde la entrega, el servicio desinteresado y el amor por los que más nos necesitan: nuestros pacientes.

Pues vaya faena, diréis algunos, pero esta es la grandeza de nuestra vocación.

Y por eso la medicina no tiene comparación con ninguna otra profesión de las que existen.

Al abogado le entregamos nuestros intereses; al arquitecto nuestros sueños; al ingeniero nuestras necesidades; y al profesor nuestro futuro...

Pero a los médicos les entregamos, os entregarán, nuestras vidas.

¿Cabe mayor orgullo y mayor responsabilidad?

Creo sinceramente que no.

Reconozco ante vosotros que siento cierta nostalgia cuando echo la vista atrás y recuerdo el momento en el que alcancé mi licenciatura.

Lo recuerdo como un momento de enorme ilusión mezclada con la lógica preocupación por el incierto futuro profesional.

Sabía, como sabéis vosotros, que se trata de una primera escala en un largo viaje al que todavía aguardan muchos puertos, el más cercano, el temido MIR.

En este navegar encontraréis momentos de frustración, desánimo e incluso de miedo. No dejéis que nadie mitigue vuestra determinación y cuando todo parezca que se vuelva en vuestra contra, mirad a los ojos de los que sufren y ansían vuestro contacto.

Yo, ya me veis, después de veinte años de ejercicio todavía sigo ilusionándome cada mañana con mis casos, con mis dudas, con aprender más y más, pero sobre todo, con mis pacientes.

Dice el genial director de cine Woody Allen, que a él no le hace falta acudir al gimnasio cada mañana para mantener la línea, porque le basta con sus angustias personales...

Algo parecido podríamos decir los médicos, no tanto por esas angustias, pero sí por la permanente preocupación por cada uno de nuestros pacientes.

Pero esa preocupación nunca puede ser angustiosa en nuestro caso.

Es, más bien, como dice la propia palabra, pre / ocupare, un ocuparnos afanosa e ilusionantemente por mejorar la calidad de vida de aquellos que han confiado en nosotros su salud.

Aquellos que nos ven y nos miran, como solía decir el gran Marañón, con la lúcida y agradecida mirada de un niño que espera siempre de sus padres lo mejor.

Quizás a algunos esa preocupación latente en sus vidas y esas miradas esperanzadas de nuestros pacientes no les merezcan la pena.

Pero a nosotros, los médicos, es lo que nos llena de vida...

En estos momentos, seguramente constituís parte de la mejor generación de médicos formados en nuestro país. Habéis tenido acceso a la mejor formación posible, a las mejores instalaciones y a unos profesores brillantes en cada una de las especialidades. Tenéis acceso a la mejor tecnología y a los mejores sistemas de información para seguir completando vuestra formación.

Pero no olvidéis que la medicina es un arte, que aunque se basa en la ciencia, se inspira en la relación humana, en la intuición y en la capacidad de escuchar al paciente.

En esta época, donde los superhéroes de Marvel pueblan las salas de nuestros cines y se han convertido en un referente moral, quiero recordaros, como decía William Osler, médico canadiense y padre de la medicina moderna, que un buen médico tiene que ser un súper 3H, lleno de humor, humanidad y humildad.

Por eso con estas palabras os quiero felicitar por haber alcanzado vuestra graduación.

Y quiero hacer algo mucho más importante.

Quiero felicitaros porque habéis demostrado que sois capaces de ejercer la medicina.

Habéis demostrado que sois capaces de ser médicos.

Y os aseguro que esto es lo más hermoso que nadie os dirá nunca en la vida.

Enhorabuena y no dejéis que vuestra pasión de hoy ni se agote, ni se agríe, ni se corrompa nunca.

Felicidades de corazón a todos vosotros y a vuestras familias.

Muchas gracias.

Dr. F. Javier Hernández Calvín  
Madrid 19 de Junio de 2015.